

Homilía del Padre Abad de la Santa Cruz del Valle de los caídos. 20 Nov. 06

Ya están en paz los que ayer estuvieron en guerra.

18/11/2006.

Cuando el profeta Isaías describe la ciudad de Jerusalén como futuro lugar de la presencia y de las bendiciones de Dios para Israel y para todos los pueblos, lo hace con estas palabras: "al final de los días estará firme el monte de la casa del Señor, en la cima de los montes, encumbrado sobre las montañas. Hacia él confluirán las gentes, caminarán pueblos numerosos; Dirán: venid, subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob" (Is. 2, 2-3).

¿Cómo no percibir la afinidad de esta descripción con la que se puede hacer de este lugar del Valle, donde los montes y las cumbres sirven de sólido asiento a esta Casa y a esta Cruz del Señor? Vosotros habéis dicho hoy: subamos a ese monte, no sólo a honrar a los muertos, sino a percibir el aliento de vida que brota de este altar, de este Cristo que nos preside, crucificado y resucitado, de esta Cruz que, como la serpiente que fue elevada en el desierto, ha sido erigida sobre ese pedestal colosal para sanar a este pueblo nuestro y a todos los pueblos que un día contemplarán en la Cruz el signo de la victoria sobre el poder del mal y de la muerte. Será el día en que tal vez gentes y pueblos numerosos sean convocados a subir al monte de la Cruz para adorar el signo de la redención.

Cruz para la paz y la reconciliación del mundo y de España. Ella es vida y resurrección para todos. Por eso, los muertos por los que hoy oramos, presentes aquí o en cualquier tierra de España, no son ya ni de unos ni de otros. Todos nos pertenecen a todos, porque todos pertenecen ya a Dios. Ante Dios no hay ni vencedores ni vencidos; cada uno lleva, ante su tribunal, el peso de sus propias obras.

Para nosotros ya están en paz los que ayer estuvieron en guerra. Ya están hermanados desde que se han encontrado ante el mismo Juez y Padre. Su mensaje común a nosotros nos dice: vivid en armonía, en justicia, en verdadera fraternidad; superad vuestras rivalidades; dad a Dios lo que es de Dios y daros a vosotros la paz de los corazones, para que, como dice el salmista, haya paz dentro de vuestros muros, seguridad en vuestra sociedad.

Y si es posible, dejad también en paz este lugar; permitid que siga siendo un espacio de paz y espiritualidad como lo ha sido hasta ahora para la mayor parte de las personas que se han acercado hasta aquí. El Valle tiene una sola misión: la paz y la oración, como dicen los símbolos que lo configuran: una Cruz, un templo, un monasterio, un lugar de acogida para quien busca el silencio y el sosiego: ¿a quién ofenden esos símbolos, universalmente considerados como emblemas de reconciliación y de paz?

Unos edificios, por cierto, construidos por trabajadores que, en su totalidad, eligieron libremente participar en las obras del monumento, incluidos los que, en situación de cumplimiento de penas, decidieron por sí mismos redimirlos por el trabajo, de acuerdo con la legislación vigente –hasta seis días de redención por uno de trabajo–, en condiciones de estricta igualdad laboral, salarial y social con el resto de trabajadores.

Muchos de ellos convivieron aquí con sus familias en sus propias casas, y permanecieron trabajando libremente cuando, en muy pocos años, condujo su situación penal. La cifra de los que murieron durante las obras, supuestamente a

causa de la dureza del trato y del trabajo, no fue la de docenas o centenares, como tantas veces se afirma, sino de 14, de ellos al menos la mitad pertenecientes a los trabajadores libres, y debido a accidentes laborales. Así según los servicios médicos del Consejo de Obras, dirigidos por uno de los penados.

Dejémonos, pues, reconciliar. Sin olvidar que la reconciliación tiene exigencias recíprocas. No hay reconciliación cuando se hostigan los sentimientos religiosos, los principios morales, los valores humanos, familiares o patrióticos que han sido la herencia secular del conjunto de nuestra sociedad y que hoy son todavía el patrimonio más estimable de la mayor parte de ella. La reconciliación no puede ser el desarme de unos para hacer posible el proyecto de hegemonía de los otros. A que no sea así ha de contribuir también la reconciliación con la memoria.

Estamos ahora ocupados en recuperar nuestra memoria histórica. No es ocioso recordar a este propósito que es aquí donde, hace ya casi cincuenta años, esa memoria es viva y permanente. Sin discriminaciones, sin que nadie la imponga, ni la vocee a los cuatro vientos, ni la cobre. Ha sido y es una memoria callada, una palabra dicha en el silencio, dirigida a Dios, escuchada por los muertos que aquí reposan, pronunciada sólo por voces de monjes y niños de coro, pero en las que suena la voz de toda España.

Es la memoria ante la Cruz y ante los santos que pueblan esta Basílica, memoria convertida en Eucaristía, Sacrificio y Resurrección para que esos muertos tengan vida, no sólo en el recuerdo de los hombres, sino en la presencia del Dios vivo. Con esto queremos subrayar que esa memoria ha nacido aquí y aquí ha tenido algunas de las expresiones más estimables: la que dio el sepulcro más digno a los caídos, la que pide para ellos, diariamente, la piedad de Dios, al margen de panegíricos o apologías de nadie en particular.

Entre nosotros la memoria histórica es multiforme y exige de todos ser honestos con ella para recordarlo todo, para que no sea una memoria desmemoriada, excluyente de las realidades que se ha determinado eliminar del nuevo proyecto por el que debe caminar España. Hacer tabla rasa de la historia viva, marcada por siglos de cultura y espiritualidad, sería un fraude inaceptable y absurdo, que vendría a decir que no venimos de ningún sitio ni vamos en ninguna dirección. Nadie puede, en nombre de nada, abolir lo que las generaciones anteriores han creído, amado y vivido como lo más verdadero y preciado de su existencia. Una verdad multiseccular no se anula con la hipótesis de un día. Los que la han construido y transmitido redaman la reposición de esa herencia, que está cimentada en la fe, en la vida y tantas veces en la sangre, y que sabe situarse creadoramente frente a nuevos espacios y tiempos, después de discernirlos cuidadosamente.

La memoria que necesitamos recuperar es la memoria de nosotros mismos: de los rasgos fundamentales del hombre español, de todo lo que hemos sido, de toda nuestra riqueza y variedad: la memoria de la colectividad y de lo colectivo, en los que se reconoce la gran mayoría de los españoles y en los que se funden historia y religión, pueblo y Dios. Por tanto, memoria entera de España entera, de manera que la memoria de unos pocos no anule la de siglos y generaciones de españoles.

Ha de ser, también, la memoria de un futuro que no resulte una invención arbitraria, sino que refleje la memoria de la España real. Sin ella estaríamos ante un futuro sin futuro, sin porvenir ni esperanza; un futuro sin España y sin Dios, donde sólo quedaría el recuerdo inerte de una nación muerta a su historia, a su espíritu y a su fe.

Necesitamos una memoria de España que sea igualmente memoria de Dios. Borrar a Dios es borrar a España, en cuya historia el suyo ha sido el nombre más amado y pronunciado, la presencia más estimulante. Sin Él la invocación de la memoria histórica se convierte en una impostura intelectual e histórica, como ocurre en la Constitución Europea.

El silencio sobre Dios es, inevitablemente, el peor de los presagios. El representa el fin de la verdad, de la historia, del hombre; el fin absoluto de toda utopía y esperanza; el fin de la propia Razón, porque también la Razón subsiste, como todo el hombre, en Dios. Sin verdades axiomáticas no se puede establecer ni exigir ningún deber. Pero donde no hay deber ni moral sólo hay barbarie y absolutismo, sólo nos queda un futuro libertario pero sin libertad.

Sin Dios España se revestirá de una identidad apócrifa y hará que en adelante sean apócrifas todas sus obras. Tampoco le pertenecerá ninguna página de su pasado, porque en cada una de ellas está impresa su huella, ni podrá mirar hacia atrás sin experimentar la conciencia de haber extinguido el dinamismo fundamental de nuestra vida personal y colectiva. La amenaza de ayer fue el comunismo, la de hoy es el nihilismo.

Pero, como se preguntaba el Papa Juan Pablo II: "¿puede ir la historia contra la corriente de las conciencias?", (*Memoria e identidad*, Madrid, 2005). No se hace nada a favor del hombre cuando se atenta contra su condición espiritual, cuando se le impulsa a vivir contra el orden, la verdad y el amor de Dios.

La situación más opresiva no es la que restringe algunos derechos ciudadanos, sino aquella que nos confisca los valores primarios: espirituales y morales, humanos y sociales, el que ofusca la conciencia del bien y del mal, el que nos despoja de la verdadera identidad histórica. Cuando se extingue el espíritu de un pueblo se extingue con él la totalidad de su ser, su realidad y su genio. Entonces esa criatura nueva que soñamos puede estar siendo producida no sólo en los laboratorios, sino también en los medios de comunicación, en los parlamentos (leyes) o en las aulas escolares.

El resultado es que el depósito de creencias y valores espirituales y morales presentes en la sociedad, española y europea, está bajo mínimos, mientras ese patrimonio es considerado parte del pasado que pertenece ya a una época de tinieblas. Por ello los hombres hemos decidido darle un nuevo estatuto al mundo.

Pero nos debiera producir zozobra vivir de espaldas a todo lo que ha dado vida a las generaciones anteriores, porque la experiencia de las actuales es bastante más sombría, a pesar de las 'luces' y de la ciencia. Hemos entrado, así, en un estado de demencia tranquila que nos representamos como el logro de la utopía hacia la que la humanidad ha venido caminando. Por eso hemos de ser conscientes de que el mundo debe ser renovado, a fin de restablecer el orden de la creación y de la redención. Es, por tanto, de nuevo, la hora de Cristo, Luz y Ley del mundo.

En cuanto a nosotros, aunque en algún momento tengamos la sensación de que España se apaga, podemos mantener la confianza de que el servicio secular de España a Dios no va a quedar estéril; de que "esta enfermedad no es de muerte", la seguridad de que nada de lo que lleve el sello de Dios va a desaparecer. Pero es deber de todos contribuir a reavivar la llama. Entretanto, oremos con el pueblo de Dios: "Señor de los ejércitos, mira desde el cielo, ven a visitar tu viña, la cepa que tu diestra plantó y que tú hiciste vigorosa" (sal 79); "restáuranos; que brille tu rostro y nos salve".

Que la Señora de todas las Naciones sea nuestra abogada.